

## El "buen" Padre Chaminade

Todos conocemos el relato de la creación en Génesis 1 con el estribillo "y Dios vio que todo era bueno" y al final del sexto día: "He aquí, era muy bueno".

Vemos esta bondad de Dios manifestada en la creación que debemos cuidar, pero aún más en el amor que Cristo nos mostró en su humillación, incluso hasta el punto de morir en la cruz por nuestra salvación (Flp 2,6-11). Esta bondad, este amor, esta misericordia son un don permanente: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5,5). Nos toca ser testigos de esta bondad de Dios y vivir según ella.

El Padre Chaminade extrajo esta bondad de la fuente viva que es el Corazón de Cristo y el de María. Cultivando esta virtud en humildad, G. José se convirtió en la imagen de lo que contemplaba y tocaba el corazón en profundidad. Hizo de esta bondad un medio de evangelización; escribía al P. Caillet (16 de junio de 1825): "Debemos atraer a la gente, y especialmente a la juventud [...] por nuestras maneras dulces, amables y pacientes".

"¿Cómo cautivaba las almas que encontraba en su camino, para ganarlas para Jesús y María? Todos los que han tenido la dicha de vivir con él o solamente de verlo de cerca son unánimes en decir que se ganaba los corazones y, según la expresión de uno de sus discípulos, que los fascinaba con su celo lleno de dulzura, delicadeza, deferencia, misericordia y una cortesía afectuosa. A este propósito hizo recomendaciones muy precisas; según él, la dulzura fundada en la fe debe ser como una unción y un perfume en las relaciones de los religiosos de María, sea entre ellos, con los alumnos y las personas de fuera" (*El espíritu de nuestra fundación*, I, p.70).

El sistema que estableció en la Congregación mariana de Burdeos respondía al precepto de Jesús: «Que ninguno se pierda» (Jn 6, 39). "No bastaba el espíritu de religión y el amor a la virtud para triunfar en la formación de los aspirantes. Se necesitaba también espíritu de cordialidad, una amenidad, deferencia y caridad en la que nada molesta y nada rechaza. [...] Hay que cuidarlo como a un tierno pajarillo del que uno se ha encariñado. Es libre en lo que no lo contraría; no lo es en lo que lo rodea de complacencia, de bondad y de alimento." (*El espíritu de nuestra fundación*, I, pp. 83-84).

Estos mismos sentimientos recomienda a los religiosos profesores y a los directores para imbuir en sus alumnos "todos los sentimientos del Salvador y toda la ternura de María". Invita a compartir con los estudiantes que encuentran dificultades a compartir entre ellos: "Quienes son especialmente responsables de ellos, oran por ellos, piden su conversión, invocan las luces del Espíritu Santo para guiar bien su conducta". Pero "Hay que tener cuidado de no caer en un celo indiscreto. Los comienzos casi ni se notan. No se acertaría con un alumno del que no se hubiera ganado, hasta cierto punto, la estima y la amistad" (Carta a P. Chevaux, 7 de febrero de 1834, puntos 6-7).



**La señora Elena Otero (argentina), curada de un tumor por intercesión del padre Chaminade**

El Padre Chaminade es un padre, y un buen padre, pues este nombre ha surgido espontáneamente desde el principio del corazón de sus hijos. "Todos me llaman su padre, que en realidad soy en el orden sobrenatural (escribe al padre Caillet el 10 de septiembre de 1844); al nombre del padre, suelen añadir el de buen, aunque saben que a veces soy muy severo con algunos de ellos: esto es porque saben muy bien que el amor y la ternura, incluso naturales, que tengo por ellos solo vienen de arriba, de la paternidad espiritual con la que Dios me ha revestido". "Reciba, para usted y para todos mis queridos hijos de Saint-Remy -escribió a P. Clouzet- la bendición del padre que Dios les ha dado en la tierra y que, por muy indigno que sea, participa del amor

que tiene por ustedes el Padre celestial" (5 de abril de 1824). Y al señor Meyer: "Nunca perderé de vista tus necesidades espirituales: siento que soy tu padre y que tú eres mi hijo, para confiarte a Jesús y a María, digno de ellos" (29 de octubre de 1832).

Esta atención constante, esta preocupación por sus hijos no era solo espiritual, sino también concreta: cuando los primeros marianistas partieron de Burdeos hacia Saint-Remy se aseguró de que tuvieran todo lo que necesitaban: dinero, ropa de cama...

Conocemos las crisis que atravesó el Buen Padre Chaminade: tensiones con David Monier, con el padre Lalanne, con sus asistentes en sus últimos años. En todo momento siempre se mantuvo amable, buscó salvar a todos, incluido al padre Narciso Roussel, mientras mantenía la mirada fija en el objetivo vivido en la fe de no desviarse de la inspiración que recibió de Dios.

No pensemos que la bondad paternal del padre Chaminade es una actitud anticuada, propia de otros tiempos. Sin duda hemos experimentado encuentros con personas radiantes, habitadas por Dios –el hermano Roger de Taizé, por ejemplo, o el reflejo de una imagen paterna fuerte como fue el padre Raymond Halter-. de la misma manera encontramos esta invitación a vivir la bondad hoy expresada en estas pocas líneas de Madeleine Delbrel (nacida en Mussidan, 1904-1964):

*La bondad del corazón de Cristo, dada por él, es para el corazón incrédulo un presentimiento del propio Dios. Para el corazón incrédulo tiene el sabor desconocido de Dios y le hace saber de su encuentro. Para el incrédulo es inusual, vinculado a esta absoluta bondad inusual que Dios es para él. Despierta y cuestiona las fuerzas dormidas de su corazón; fuerzas desconocidas para él, cuya realidad viva ve en él. Simpatiza con aquello que en el corazón del incrédulo es tanto lo más solitario como el más propenso a volverse hacia dentro, en secreto, hacia Dios como una posibilidad. (Ateísmos y evangelización, Volumen VIII de las Obras Completas, Nouvelle Cité 2010, p. 150).*

Sobre este mismo tema, también podríamos dejarnos desafiar por la "epifanía del rostro" del filósofo Emmanuel Lévinas.

Chaminade es más "moderno" de lo que pensamos. Solo podremos entenderlo verdaderamente a través de un prisma: el de la fe. Toda su vida actuó por fe; esa es la clave; leámosle de nuevo con esta clave; si no, no podremos entenderle.

---